

es el perverso mayor y el que empuja a las criaturas de Tomeo a la soledad, la incomunicación, a la imposibilidad de saber quiénes son, al mal por el mal, etc. Estos son los temas axiales de este peculiar narrador, cargado de inteligente inventiva y de unas preclaras dotes de observación que nos transmite con un socarrón y suculento sentido del humor. Muchos de sus cuentos esconden, bajo su capa de maliciosa ironía, una profundidad de sentido nada desdeñable. Si quieren conocer a un hombre abandonado por su muñeca hinchable, a unas rosas que se alegran de ser artificiales o a un tipo que se quiere suicidar disparándose aceitunas no duden en dejarse pervertir por Tomeo.

Perverso también se muestra, y mucho, Quim Monzó, que acaba de publicar *El mejor de los mundos* (Anagrama), en lo que es su primera autotraducción. Versado en narrar historias insólitas que avanzan mediante un proceso implacable e irreductiblemente lógico, el autor catalán ha cargado las tintas en el humor negro, el esperpento trágico y la ácida ironía, no exentos, en ocasiones, de un fulgurante lirismo, para mostrar un mundo desquiciadamente violento («El accidente»), las imprevisibles consecuencias de las palabras dichas al tuntún («Fregando platos»), o a destiempo («Mamá»), la complejidad mental y las obsesivas rutinas cotidianas de un poeta que espera y espera un Nobel que no

acaba de llegar («Ante el rey de Suecia»), la enfermedad como una maldición gitana («La vida perdurable»), la posibilidad del cansancio de ser feliz («Dos ramos de rosas», un cuento excelente)... Antisentimentales historias dotadas de lucidez y patetismo que no han ocurrido, que sepamos, en el mejor de los mundos, que es el nuestro, y que con toda su carga de imperfección y tragedia es el mejor porque, sencillamente, es el único que tenemos. Pero, inquétense, podrían llegar a ocurrir.

De sentimientos aniquiladores y trompazos amorosos nos habla el libro de relatos de Luis G. Martín, *El alma del erizo* (Alfaguara). Este autor publica sin prisa, quiere decirse que no escribe un libro al año, y aunque esto no es sinónimo de calidad literaria, quizá sí lo sea de honestidad. Sus historias suelen plantear situaciones que revelen la verdad radical de los personajes más allá de la trivial apariencia, y este autor no se priva a la hora de mostrar la brutalidad que esconde el ser humano cuando le dominan sus sentimientos más convulsos. Hay que leer este puñado de buenos cuentos porque disfrutaremos a veces amargamente («Los amores del rey Baltasar»), a veces morbosamente («Bertrand Romain»), a veces paradójicamente («El perdón de las ofensas»), y a veces reflexivamente («La belleza de los monstruos»). No encontrará el lector en este libro un relato que no le

interese vivamente, si no por el argumento o la iluminación que la historia ofrezca, sí por la cuidada y detallista prosa con que está escrito. Cuentos intensos (y en ocasiones algo tremendistas) que enganchan y pocas veces decepcionan.

Otro registro prosístico, distinto a todos los anteriores, es el que maneja el catalán Valentí Puig. Su libro *Maniobras privadas* (Alfaguara) es un compendio de relatos escritos desde el desencanto de todas las batallas perdidas, desde el escepticismo que otorga la experiencia vital, con una voluntad reflexiva que nunca deja indiferente ni lastra la narración porque se encaja atinadamente en el cuerpo argumental. La voz narradora se caracteriza por su descreimiento, su soterrada ironía y una leve misoginia. Puig afronta el autobiografismo («Un amigo: Lambert Fiol»; «Tercera imaginaria»), la crítica de los nuevos ricos practicantes del pelotazo inmobiliario («Paca Malibú»), la caída en desgracia, ay, del amor en sus distintas formas de ser vivido en el marco de la pareja estable («Dos baños completos»; «Interés del adulterio»), las precauciones ante el optimismo progresista («Puente aéreo»), la complejidad de la realidad y el azar que pueden desembocar en la violencia vengativa (en el mejor cuento del volumen, «Maniobras privadas»). Estos cuentos de Puig tienen un aura de fábula moral ejemplificante no siempre lograda porque, en los cuentos

menos redondos, la anécdota argumental no nos acaba de interesar suficientemente.

Y lamento tener que decir que poco irónico se muestra el gallego Manuel Rivas en *Las llamadas perdidas* (Alfaguara). Rivas había demostrado sobradamente su valía en el complicado arte del cuento y había asombrado con «La lengua de las mariposas». Su espacio e intereses conocidos (Galicia y el talante comprometido del autor, así como el análisis de los sentimientos y sus motivaciones) se dan cita de nuevo en este libro. El autor ha echado mano de lo sentimental abusivo para contarnos sus historias de emigrantes (afirma divertido que la globalización la inventaron los gallegos), muchachos casi adultos, héroes cotidianos, amores contrariados y demás averías del corazón. Con todo, son muy estimables piezas como «La mirona», «El héroe», «Nosotros dos», «El escape», «La sinceridad de las nubes», o «La gasolinera», donde sí da la medida, por argumento y por prosa, del buen escritor que Rivas es.

Acérquense a estos libros porque, en sus mejores momentos, encontrarán entretenimiento de altura, diversión reflexiva y, a ratos, iluminaciones inquietantes. El panorama que nos describen no es muy alentador y muchas de nuestras preguntas seguirán en pie, pero estos autores han logrado trazar un retrato del ser humano en el que reconocer-

nos: ¿seremos así de frágiles y de menesterosos? Mientras tanto, sigamos leyendo.

**Marcos Maurel**

## África y la voz\*

Pedro Rosa Mendes inició un viaje de diez mil kilómetros y de tres meses y medio de camino para atravesar África desde la costa atlántica hasta la índica y, según él, sin ningún motivo especial. Justo después de su respuesta rápida, confesó tener dos pasiones y un vicio. La primera de sus pasiones es Asia —de ahí salió un reportaje memorable sobre Afganistán que en 1999 ganó el Premio AMI «Periodismo contra la indiferencia»—; su segunda pasión es el Pacífico, y así fue como en 1996 conoció la África atlántica al cubrir la noticia del viaje oficial del presidente Mario Soares a Angola. Un año después, con una beca del Centro Nacional de Cultura, volvió al continente para realizar

una aventura de espacio inmenso, hambre, prisiones, guerras civiles y peligro de muerte que empezó en Luanda, la capital angoleña, y terminó en Quelimane, ciudad costera de Mozambique al norte del río Zambeze. Rosa Mendes realizaba, así, un viaje que no se emprendía por tierra desde antes de la independencia de las colonias que Portugal tenía en el continente africano.

De esa experiencia nació *Bahía de los tigres*, ¿una novela?, ¿un libro de viajes, un cuaderno de ruta?, ¿una colección de crónicas al estilo del periodismo actual, con voz propia?, ¿un libro de entrevistas?, ¿un epistolario?, ¿un diario íntimo? Sí, todo eso, literatura de frontera: una colección de verdades contadas desde la literatura. Porque, en el fondo, es el lector de *Bahía de los tigres* quien decide sobre lo que lee y elige dejarse llevar o no por el grado de «realidad» que contiene la ficción. Pedro Rosa Mendes escribe un libro sin unidad estilística en el que el valor de las historias que recoge se encuentra en su belleza y en su horror, no en su verdad; no obstante, al mismo tiempo y justamente por esa belleza y ese horror, todas estas historias deben ser comprendidas en su significado moral pleno. Cabe pensar también que esa falta de unidad estilística responde voluntaria o involuntariamente a la necesidad de construir una metáfora que recoja la polifonía africana. África es un continente oral y poli-

\* *Pedro Rosa Mendes, Bahía de los tigres, Barcelona: Ediciones del Bronce, 2001, Traducción Rosa M. Martínez Alfaro.*

fónico, desde su historia, sus sociedades o sus estadios antropológicos, hasta el ritmo de la vida marcado por una naturaleza descarnada tan destructiva como destructivas son las conductas humanas.

Y un texto que abarca tantos géneros posibles pide asimismo libertad de registro para comunicar lo que se ve pero también lo que se siente. *Bahía de los tigres* es una suma de páginas que a veces se expresa desde una delicada prosa poética intensamente reflexiva que no aligera en absoluto el peso de la desgracia, la miseria y la crueldad de la vida que el viajero ve y aprende; son descripciones de paisajes, sensaciones, estados de ánimo, es también el vuelo de la imaginación en horas muertas de espera en puestos de control militar de no se sabe dónde; o la fotografía real, aséptica, fría de una zona del mundo que difícilmente puede llegar a estar peor. Porque *Bahía de los tigres* es muchas cosas pero, entre éstas, es una mirada limpia, sin indulgencia y sin paternalismos mitológicos –actitud, por otro lado, en la que muy fácilmente suele caer Portugal respecto a sus antiguos territorios coloniales–. Las páginas de Rosa Mendes constituyen la mirada dura pero humana del periodista que ya ha recorrido y conoce bien los infiernos del mundo. Y esos infiernos están hechos de imágenes y voces pero también, buscadamente, están constituidos por siglas, y sus

metáforas, –FRELIMO, UNITA, RENAMO, MPLA, SWAPO, PIDE, FAA, FAPLA, GURN, ONG, PAM, UNICEF, UCAH– entre las que el lector necesariamente debe perderse para entender el caos.

Hasta la página 214 no sabremos que Pedro Rosa Mendes seguía los pasos de dos viajeros del siglo XIX, Hermenegildo Capelo y Roberto Ivens, cuya experiencia se recoge en *De Angola à Contracosta*, obra que, en palabras del autor, es uno de los libros menos interesantes de toda la llamada literatura de viajes debido, sobre todo, a la mirada ciega que una actitud racista proyecta sobre lo que contempla en el continente africano. La obra de Capelo e Ivens está repleta de datos, puntualizaciones, registros cartográficos, pero en ella sorprendentemente no aparece nadie, y si aparece, suele ser el estereotipo del negro perezoso, esclavo o cobarde. El capítulo que empieza en la página 214 es un puro ensayo teórico sobre el *viaje* y la literatura de viajes como género, pero también tiene el propósito de corregir un episodio de la *historia del viaje occidental* por África que ha sido injustamente olvidado. Pedro João Baptista y Anastácio Francisco, dos *pombeiros* (esclavos mestizos o negros que eran mandados al interior de Angola para establecer relaciones comerciales allí donde los blancos no llegaban), fueron los primeros en unir, por tierra y a pie, Angola y Mozam-